

KARIN SLAUGHTER

UNA ESPINA EN MI COSTADO

UN CUENTO ORIGINAL

Lectulandia

Podía haber sucedido cualquier noche, y podían haber sido dos hermanos cualesquiera, pero no fue cualquier noche ni cualquier pareja de hermanos.

Nos encontramos en el bar Atlanta. La música atruena y la pista de baile está llena de gente. El hermano atractivo elige a una chica. Pero cuando las oscuras acciones se desarrollan en el aparcamiento, lo que sucede después solo se puede describir con dos palabras: masacre clásica.

Desde la escena inicial hasta la última línea, Una espina en mi costado es tan perverso como entretenido.

Lectulandia

Karin Slaughter

Una espina en mi costado

ePub r1.0
Titivillus 21.05.15

Título original: *Thorn in My Side*
Karin Slaughter, 2011
Traducción: Santiago Ochoa

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO UNO

Sentí de nuevo el sabor desagradable en mi boca mientras ABBA llenaba el aire. En las dos últimas horas, el bajo de Britney Spears que retumba en el pecho y las mezclas de club de Beyoncé habían sido poco menos que tolerables; pero la introducción presuntuosa del supergrupo sueco fue demasiado lejos. *Dancing Queen* se incrustó en mi oído bueno como algodón azucarado en una feria estatal. Pegajoso. Dulce. Conjurando el deseo animal de defecar en público solo para interrumpir la demencia.

Kirk estaba abstraído, moviéndose al ritmo de la música, estirando ocasionalmente un brazo en el aire en lo que era claramente un ademán de John Travolta. Tengo que reconocer que mi hermano es un bailarín increíble. De algún modo se las arregla para ser uno con la música y comienzas a preguntarte si está conectado acaso a otro enchufe en el respaldo de la mesa del DJ. La forma en que se apropia de una canción y la hace suya palidece en comparación con la expresión de puro gozo en su rostro cuando está bajo el reflejo de las luces. Te das cuenta de que ama lo que hace. No son muchas las personas que pueden decir lo mismo con sus trabajos, sus familias, sus vidas. Pero a Kirk le encanta bailar. Y a la gente le encanta mirarlo. Y a él le encanta que lo miren.

Durante los últimos quince años, Kirk ha adornado todos los clubes nocturnos de Atlanta con sus pasos de baile. Sin importar cuántas veces lo vea la gente, siempre sucede lo mismo: se detienen. Observan. Sus labios se separan en señal de sorpresa. Él no es solo el centro de atención; es el ojo de la aguja. Incluso esta noche, segundos antes de entrar al Pink Pony, él se las arregló para tomar el control de la pista girando sus caderas, moviendo sus pies en tiempo doble. Las mujeres sonreían abiertamente, aplaudiendo de alegría. Los hombres observaban maravillados. Y luego vinieron las miradas inevitables hacia mí: desconcierto, lástima, repugnancia.

Era la maldición de ser gemelo: el hermano menor, el menos dominante, el hermano que empezó a perder el pelo más temprano y cuyo cuello se asemejaba mucho al que un granjero cortaría en dos partes con su hacha en cualquier mañana del día de acción de gracias; el que siempre fue un hombre extraño. A los treinta y ocho años, he llegado a aceptar esto como mi destino en la vida. Kirk siempre ha sido el fascinante, el energético, el divertido. Aquel con quien

todas las chicas querían estar. Incluso mientras las ruidosas armonías de *Fernando* invadían el club nocturno atiborrado de humo y todos salían a bailar, yo solo podía estar allí con la mano en el bolsillo y la cabeza agachada, siendo el tic ocasional de mis hombros la única señal de que yo no había caído en un coma irreversible.

Unos dedos finos recorrieron la parte posterior de los hombros de Kirk. Sentí un estremecimiento, una extraña contracción en el estómago y en la entrepierna. Cerré los ojos y traté de no oír nada salvo el latido de mi corazón, mientras los suecos, sacarinosamente dulces, me decían que esta noche había algo en el aire. Yo había vivido tantas veces esta situación que podía adivinar la conversación:

Mujer: «Vámonos de aquí».

Kirk: «¿Cuánto?».

La negociación tardó poco —Kirk nunca pagaba al menudeo— y luego sentí un tirón, como si se tratara de una pelota de *kickball* amarrada a una cuerda. Y todo comenzó de nuevo. Kirk se dirigió a la salida trasera, empujando a todo aquel que se interpusiera en su camino. No tuve más opción que seguirlo.

El aire me golpeó la cara como un manotazo helado. Miré a Kirk. El cambio había sucedido tan repentinamente como la disminución de la temperatura. Su sonrisa beatífica de la pista de baile había desaparecido. Tenía la mandíbula desencajada. Sus ojos se habían entrecerrado en su fulgor y pequeñez habituales. Este era el Kirk que solo unas cuantas personas habían visto. Era el Kirk que yo conocía demasiado bien.

—Deberíamos... —me aventuré a decir.

—Por aquí —asintió con la cabeza hacia nuestro Chrysler Town and Country. La minivan era de primera línea; color plateado metálico. Revestimientos interiores de cromo. Sillas de cuero. Sistema completo de entretenimiento en la parte posterior.

Kirk oprimió el mando inalámbrico y la puerta lateral se abrió. De repente, la mujer pareció inquieta.

—¿Cuál es el problema? —le espetó Kirk, quien ya no era el encantador pseudoTravolta del Pink Pony.

—¿No quieres saber cómo me llamo? —dijo la mujer después de tragar saliva.

Kirk abrió la boca para decirle que no, que le tenía sin cuidado, pero yo hablé primero.

—Me llamo Wayne. Él es Kirk, mi hermano —vacilé con nerviosismo en busca de palabras—. Por supuesto, creo que ya sabes que somos hermanos.

Sus ojos se posaban alternativamente entre nosotros. Sus pupilas se hicieron tan grandes que parecían platillos. O estaba completamente volada, o acababa de sufrir un derrame cerebral. Tal vez eran las dos cosas. El brillo de las luces de xenón del estacionamiento me reveló que no era tan joven y atractiva como te llevarían a creer las luces de la discoteca. Su vestido ajustado y negro estaba raído y no le quedaba bien. La desigualdad en el color de su cabello denotaba que desde hacía dos semanas necesitaba tintura capilar. Sus brazos delgados se asemejaban a palos. Palos con costras. Miré a Kirk. Obviamente, ella se había inyectado. Por supuesto, no siempre encuentras a una señorita libre de drogas dispuesta a subir al auto de un extraño en las afueras de un club derruido.

—Vamos.

Kirk subió a la van. Por poco me golpeo la cabeza contra el techo al seguirlo. Él se movía con

rapidez, ansioso por acabar con esto. Haló el cerrojo y giró la silla para mirar a la mujer, quien no se había movido salvo para frotarse los brazos con nerviosismo. Kirk sacó la billetera y contó dos billetes de veinte y uno de cinco.

—¿Vamos a hacer esto o no?

Ella miró el interior de la van como si esperara ver plástico y cinta adhesiva.

Finalmente, ella me miró.

—Costará más si él mira.

—No lo hará —Kirk me miró de reojo—. A lo tuyo, niño.

Saqué los audífonos de la consola y conecté el enchufe al sistema de entretenimiento. Kirk agitó los billetes en el aire. Ni siquiera se molestó en despegarlos, flácidos como estaban por la humedad de su billetera. Se adhirieron al dorso de su mano como la lengua de un Labrador.

—¿Quieres el dinero, o no?

Ella nos miraba, sopesando los peligros y las probabilidades. El sentido común terminó por sucumbir ante los atractivos del dinero. La chica subió a la van. Permaneció en la puerta abierta y nos miró.

—Todo esto es muy raro.

—Hagámoslo y ya —Kirk esperó a que ella diera otro paso hacia dentro; oprimió el control inalámbrico y la puerta se cerró.

Las luces interiores se redujeron a un suave resplandor. Habíamos pagado un poco más para que instalaran luces graduables; yo pensé que era para efectos de ambiente pero Kirk las quería porque hacía que las mujeres que levantaba parecieran mucho menos lamentables y grotescas. Por lo menos esta era delgada. Las chicas grandes hacían imposible que los tres pudiéramos movernos con comodidad en el interior. Hace tres semanas estuve a un paso de sufrir una concusión luego de golpearme la cabeza contra el techo.

Kirk manoseó los botones y dijo:

—Reglas básicas: no decir mi nombre...

—Oh —ella parpadeó—. No recuerdo tu nombre.

—Me llamo Wayne y él es... —le dije.

Kirk me dio un puñetazo en el hombro.

—Cállate —volvió a manosear los botones—. Simplemente mantente a mi lado —le ordenó—. Solo bésame, mírame. No toques el culo.

—Pero él está aquí. Puede oírte —se quejó ella.

—No —dijo Kirk—. Lo digo literalmente: no toques el culo. Es suyo.

—¿Suyo...?

—El culo, la pelota izquierda, la tetilla izquierda. Todo lo que está en el lado izquierdo. No lo toques.

—¿Y qué de...? —Su garganta se asemejaba a la de una anaconda tragándose a un Chevelle—. Ya sabes. ¿Y qué de...?

Sentí el pecho de Kirk subir y bajar con una irritación evidente.

—Solo hay una verga, cariño. Créeme, él nunca se acostaría si hubieran dos.

Ella tosió, emitiendo un sonido que oscilaba entre la fascinación y el alivio.

—¿Desde hace cuánto son...?

—¿Gemelos siameses? —Mi pecho subió y bajó con el de Kirk mientras llenábamos nuestros

pulmones de aire.

Esa era de lejos la pregunta más estúpida que nos habían hecho. Me había acostumbrado desde hacía mucho tiempo a las miradas asustadas y a las expresiones de terror. Teníamos un espejo en casa. Yo sabía que éramos un espectáculo muy extraño cuando caminábamos por las calles. Dos cabezas. Un par de piernas. Un par de brazos. Crecimos de nuestros torsos como las ramas unidas de un manzano. Kirk tenía dos hombros, y yo uno y medio. Compartíamos un estómago, un corazón, un conjunto de intestinos, un bazo, el hígado y el páncreas. La mayoría de las veces nuestros brazos se movían de manera independiente. Ambos controlábamos las piernas pero ninguno de los dos podría explicarse cómo lográbamos caminar al mismo tiempo; tampoco la medicina moderna, a la cual habíamos renunciado varios años atrás. Hasta donde yo podía decir, era un asunto de voluntades y de quién era el más fuerte, lo cual significaba que Kirk se salía generalmente con la suya. Si él sentía picazón, yo me rascaba. Él se echaba un pedo y yo decía perdón. Él bebía y yo empezaba a cantar himnos a todo pulmón.

Era inevitable que nuestra situación provocara preguntas. Pero esta pregunta en particular era desquiciante en su estupidez. ¿Hace cuánto tiempo éramos gemelos siameses?

¿Hace cuánto tiempo el aire llena mi cuerpo? ¿Hace cuánto tiempo la cera había tapado mi oído malo? ¿Hace cuánto tiempo giraba la tierra o circulaban las nubes por el cielo?

—Nacimos así —dije, antes de que Kirk pudiera lanzar su comentario habitual—: Por un accidente en una planta nuclear —pensando que ella se lo creería.

—Extraño —dijo, mientras halaba a tientas el cierre de su vestido.

—Mantenlos lejos de su cara —le advirtió Kirk, con un tono irritado—. No estás con él sino conmigo. Recuerda eso todo el tiempo.

Ella bajó el cierre y pasó el vestido por su cabeza. Aunque traté de no hacerlo, no pude evitar mirar sus pechos firmes y la suave curva de su estómago deslizándose hacia sus regiones femeninas y oscuras.

Kirk giró la cabeza y yo fingí estar ocupado en desenrollar el cable de los audífonos. Sin embargo, sentí que mis mejillas se sonrojaban. Yo estaba en el lugar equivocado. Alternábamos nuestros días; siempre lo habíamos hecho. Era la mejor manera de mantener la paz y nos garantizaba que nadie, concretamente Kirk, pudiera arruinar las cosas de la peor manera. Los lunes, los miércoles y los viernes eran míos. Los martes, los jueves y los sábados eran de Kirk. Nos dividíamos los domingos por partes iguales para que yo pudiera ir a la iglesia y Kirk hiciera exactamente lo que estaba haciendo ahora. A decir la verdad, creo que lo hacía a propósito. El sábado era todo suyo. Él podría corromperse hasta los tuétanos y darme tiempo para recuperarme. Pero no; tan pronto como yo llegaba a casa de la iglesia, él se aplicaba loción, brillantina en el cabello, y planchaba nuestros *jeans* ajustados y de tiro bajo para su gran salida nocturna.

—¡Bien! —Kirk aplaudió conmigo y los audífonos se me cayeron—. ¡Comencemos la fiesta!

Ella montó a Kirk sin ningún preámbulo y tuvo que pasar su pierna a mi alrededor. Sentí un temblor en mi testículo y un apretón en el culo. Traté de ignorar esto mientras me ponía los audífonos y comenzaba a ver la película *Mujercitas*. No la nueva versión con Winona Ryder sino la original con Katharine Hepburn. Una mujer con clase. Angular, atlética. Mucho más de mi tipo que ese esperpento saltando en medio de nuestro regazo como una taladradora elástica.

—Sí —gruñó Kirk, subiendo y bajando sus caderas con tanta rapidez que me di un golpe en el cuello mientras trataba de no golpearme la cabeza contra la ventana—. Móntame, nena, móntame.

No era la primera vez que me habría gustado tener la precaución de tomarme unos dramamines antes. El mareo causado por el movimiento se apoderó de mí mientras trataba de concentrarme en la película. Nunca lo reconocería ante Kirk, pero su cabeza se alineaba de una forma más recta con el resto de nuestro cuerpo. El lado mío formaba un ligero ángulo, lo cual era un suplicio para mi cuello y daba la impresión de que yo era una espina que salía de su costado. Era así como Kirk se refería a mí con frecuencia y les diré que si eso les parece gracioso, imaginen lo que es estar pegado a un ególatra obsesionado con el sexo cuya idea de una broma es comer salvado en todas las comidas para que su culo —uno con el que ni siquiera tiene que lidiar— brame de un modo tan salvaje como el río Colorado.

—¡Así! —ordenó Kirk—. ¡Duro! ¡Duro!

Ella me tocó mi medio hombro con su mano mientras se revolcaba encima de él. Sentí que su anular rosado se apretaba y clavaba en mi espalda. Sus uñas eran largas. Sentí un pinchazo en la piel debajo de mi camisa. Kirk ya estaba bombeando como un cachorro en un cojín. El muslo de ella se tensó a mi alrededor cuando se movió para no golpearse la cabeza contra el techo.

Yo sabía lo difícil que resultaba aquello pero no era asunto de mi incumbencia. Yo no estaba allí para ofrecerle simpatía a esta mujer; ni siquiera atención. Era el tiempo privado de Kirk. Un trato era un trato. Y aunque él estaba entregado de lleno a aquello, cada uno de nosotros tenía su propia vida sin importar o no si vivíamos de manera concurrente.

Me mordí el labio y miré a Katharine Hepburn. Ya estaba muerta; una lástima. Ya no hacían estrellas de cine como esa. Todas eran celebridades, así no hubieran hecho otra cosa que ser ricas, flacas como un alambre o rubias oxigenadas. Aunque nunca hubieran...

—¡Oh!

El jadeo había salido de mi boca y no de la de Kirk. Traté de transformar el sonido en un carraspeo de mi garganta pero yo no era Katharine Hepburn. Ni siquiera Winona Ryder. La cabeza de Kirk se sacudía bruscamente. Miré a Jo y a Marmee, fingiendo estar interesado en las idas y venidas de la casa de los March. Tenía que resistir unos pocos minutos más. Lo que fuera que estuviera sucediendo a mi derecha se acercaba a su fin. Mi próstata ya había comenzado a hacer algo que Kirk desconocía.

Sí, había cosas que Kirk no sabía. Podría saber muchas cosas si no tuviera su cabeza tan arriba no de su culo, porque ese era mi territorio, pero lo cierto es que Kirk nunca reparó mucho en mí, salvo para encontrar defectos. Por supuesto, *él* era el Hombre Grande en el Campus porque era él quien controlaba el pene. El Sr. Seis Pulgadas. El Sr. Hombre de la Dama. Era demasiado egocéntrico como para pensar siquiera en lo que pasaba en mi lado del cuerpo. Que yo podía sentir su acidez cuando él comía tacos. Que su apnea del sueño me producía cansancio durante todo el día. Que mi único testículo podía sentir los mismos estímulos que el suyo. Que mis sensaciones sexuales eran un regalo por la compra.

—¡Arre! —gritó Kirk, dándole una palmada a la mujer en las nalgas—. ¡Vamos!

Una gota de sudor se deslizó por un lado de mi cara. Mi testículo se endureció como una melcocha arrancada del tablón de un muelle. Miré a la mujer. Ella me sonrió. Aflojó su mano y comenzó a deslizarla por mi espalda. Cerré los ojos, dejando que las sensaciones me invadieran mientras me preguntaba en el fondo de mi mente por qué sucedía esto. Ella estaba tan lejos de ser mi tipo que bien podría ser un orangután. Y sin embargo, yo me estaba excitando como un colegial viendo su primera página porno en Internet. Kirk pagaba a las mujeres todo el tiempo. A veces,

eran ellas quienes le pagaban por permitirles tomar fotos. ¿Por qué me estaba excitando esta mujer en particular?

No pude contenerme. Mi boca se abrió y aspiré una bocanada de aire.

—¡Espera un minuto! —gritó Kirk. Golpeó mis audífonos—. ¿Estás sintiendo esto? ¿Estás...? —Apartó a la mujer de un empujón. Ella cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra la puerta—. ¿Lo tocaste?

—Mierda —murmuró ella, parpadeando como si se esforzara para no seguir viendo estrellas. Se tocó la parte posterior de la cabeza—. ¡Cuál es el problema, hombre! —Me miró—. ¿Hombres?

—¿Que cuál es el problema? —Kirk manoseó con rabia el cierre de nuestro pantalón—. El problema es que estabas seduciendo a mi hermano.

Me dispuse a ayudarle con el cierre pero él me retiró la mano de un golpe. Yo ya lo había visto así de enojado. Sus celos habían empeorado a medida que pasaban los años y, últimamente, cada vez era más difícil lograr que se calmara. Sin embargo, lo intenté.

—Kirk, ella no estaba haciendo nada. Yo solo estaba viendo la película. Yo ni siquiera...

—¡No, maldita sea! —Soltó el cierre y hundió el dedo en la cara de la chica—. Le estabas acariciando el pezón. No me mientas —le dijo.

—Kirk... —Traté de intervenir de nuevo pero él me enseñó el dorso de su mano para que me callara.

—¡Dilo! —le gritó a la mujer—. Estabas pensando en él mientras hacías el amor conmigo.

La única respuesta de ella fue una mirada llena de confusión.

—¡Dilo! —repitió. Sentí un tirón cuando nos arrodillamos. Su furia ardía como una llama a mi lado. Antes de que yo pudiera detenerlo, él le puso la mano en la cara y la empujó contra la puerta—. Sabía que eras una puta desde que te vi.

—Claro que soy una puta —se tocó la cara. Vi que le estaba saliendo un moretón. La mujer se lo frotó como si de esa manera se lo pudiera quitar—. ¿Por qué estaría yo aquí en tu camioneta de mierda si no fuera por dinero?

—Lárgate de aquí —Kirk hurgó en su bolsillo para sacar el control inalámbrico pero se le cayó al suelo. Las llaves produjeron un sonido metálico apagado cuando cayeron en la alfombra—. ¡Mierda! ¡Lárgate!

—¡Eres un cabrón!

Kirk no era bueno para contestar con rapidez.

—Tú eres la cabrona.

Los labios de ella se separaron en señal de indignación.

—Si mi hermano no estuviera en la cárcel te destrozaría el culo a patadas.

—¡Dime dónde está y yo iré a dárselas a él!

Ella puso los ojos en blanco y por alguna razón me miró.

—Lo siento.

—¡No le pidas disculpas! —bramó Kirk—. ¡Lárgate de aquí, puta asquerosa!

—Pareces ser un tipo agradable —me dijo ella.

—Gracias —alcancé a decir, pero no hay acto bueno que no sea castigado. Kirk sacudió su hombro como un latigazo y mi cabeza chocó contra el respaldo de la silla delantera.

—Eres un auténtico cabrón —dijo ella y agarró la manija de la puerta—. ¡Quítale el seguro,

anormal!

—¡Lárgate!

—Lo estoy intentando, anormal.

—¡Deja de decirme anormal! —gritó Kirk. Sentí una vibración que se propagaba por nuestro cuerpo y que me produjo un escalofrío en el cuello y en los hombros. Nuestro corazón se sacudió como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Yo había visto rabia en el pasado. Había visto furia. Pero esto era diferente.

—Kirk —le supliqué; mi garganta se anudó en torno a esa palabra. Era demasiado tarde. Su puño se levantó en un arco sobre su cabeza y lo que siguió fue una verdadera carnicería.

CAPÍTULO DOS

Miré el despertador en la mesa de noche. Eran las 5:58 de la mañana. La máquina CPAP de Kirk hacía un ruido semejante al de un ventilador mientras él dormía profundamente a mi lado. Yo tenía la *Biblia* abierta a la altura de mis ojos pero las letras se tornaron borrosas.

«El hombre de muchos amigos se arruina fácilmente, pero no hay amigo más fiel que un hermano».

Miré a mi hermano. Kirk roncaba ligeramente. El tubo de respiración alrededor de su cara parecía un pulpo de plástico. Quienquiera que haya dicho que las malas acciones no te dejan dormir de noche no conocía a Kirk; dormía tan plácidamente como un bebé. El sueño del inocente. El sueño del satisfecho.

Mindy Comor. Ese era su nombre. Encontramos su licencia en la billetera que estaba en su cartera y que solo vimos al quitar las sillas de la minivan para sacar la alfombra y lavarlo todo.

El despertador marcó las 5:59 y luego las 6:00, tras lo cual comenzó a pitar con estridencia. Kirk se inclinó sobre mí y buscó el botón de apagado pero yo le retiré la mano.

—¿Qué...? —Su voz fue sofocada por la máscara respiratoria. Mi expresión bastó para interrumpir cualquier comentario. Se quitó la máscara y nos sentamos juntos.

Lo seguí al baño para que él vaciara nuestra vejiga. Nos cepillamos los dientes en silencio. No se quejó cuando usé el hilo dental; al contrario, esta vez hizo lo mismo. Me sentí un poco aturdido mientras seguíamos nuestra acostumbrada rutina matinal: desayuno, café, ducha, rasurada. Kirk tardó más tiempo de lo normal con su cabello pero no me molestó. Supongo que él pensó que estaba siendo generoso cuando me dio un tiempo adicional para vaciar nuestras tripas. En vez de golpetear su pie y carraspear la garganta, se sentó a esperar en silencio. Giré mi cabeza hacia otro lado para ver los cerezos en el jardín a través de la ventana. Kirk odiaba las labores de jardinería. Las gardenias y los pensamientos eran cuidadas en mis días. Los rosales, el árbol de duraznos. Todo lo hacía yo. Pero esto quedaría atrás cuando descubrieran lo que habíamos hecho anoche.

Esa pobre mujer. Esa pobre, pobre mujer.

—¿Roja? —preguntó Kirk, quien estaba frente al corbatero. Siempre nos poníamos corbatas que combinaban. Era mi única concesión a la moda.

Me encogí de hombros.

Él suspiró profundamente.

—Wayne, ya no podemos hacer nada. Lo hecho, hecho está.

—Veo que no encendiste la televisión.

—Lo hice para que no pensaras que había sucedido nada anormal.

—Anormal... —repetí sin referirme a él; simplemente se me ocurrió esa palabra.

La garganta de Kirk se contrajo en un tirón; fue su única respuesta. Lo miré en el espejo mientras pasaba la corbata roja alrededor del cuello. Tuve un *flashback*: la sangre, los gritos, el terror de la noche anterior.

«¿Qué habéis hecho?».

No era la *Biblia* sino John Greenleaf Whittier. Me pregunto si te dejarán leer poesía en la cárcel.

—¿Wayne? —El tono de Kirk sugería una paciencia crispada.

Alcé mi mano para apretarle el nudo Windsor. Él hizo lo mismo conmigo y luego metió la corbata en mi camisa para que no colgara como la soga de un verdugo.

—No nos van a colgar por esto —dijo.

Me mordí el labio.

—La cacería no tardará mucho. «Vista por última vez con gemelos siameses». La lista de sospechosos no es muy larga. Probablemente ya están preparando la orden de registro.

—Ya basta, Wayne. ¿Qué quieres? ¿Llamar a la policía? ¿Decirles que vengan por mí?

—Es exactamente lo que deberíamos hacer.

—Me gustaría verte intentándolo.

Le lancé una mirada fulminante y él hizo lo mismo.

Nunca le había ganado un concurso de miradas a Kirk. Miré de nuevo el jardín; los árboles se veían difusos. Me aclaré la garganta.

—Lo que hiciste estuvo mal.

—¿Y qué tal lo que me hicieron? ¿Crees que me gusta vivir así? —Su voz se detuvo—. Ya me habría casado. Habría tenido hijos. Probablemente sería el director de la IBM o algo así.

No me gustaba cuando él hablaba de ese modo. Me partía el corazón saber que yo era lo único que se interponía en su camino.

Sin embargo, lo que había hecho anoche no tenía excusa alguna. No puedes cobrar la vida de alguien para pagar por la tuya.

—Tendrán más clemencia contigo si te entregas —le dije.

—Has estado viendo muchos programas de crímenes.

—¿Qué otra cosa se supone que debo hacer mientras estás en todas esas salas de *chat*, fingiendo ser un hombre casado y con tres hijos, pero buscando un poco de acción por fuera?

—Eso se llama una vida de fantasía, Wayne. Si tuvieras una tal vez lo entenderías.

—No sabes con qué fantaseo yo.

Intercambiamos una mirada. Ambos sabíamos que eso no era exactamente cierto. Aunque ninguno podía leer los pensamientos del otro, había una conexión inexplicable que nos conectaba a lo que pensaba cada uno.

Kirk terminó su café.

—¿Por qué eres siempre tan pesimista? Siempre piensas que sucederá lo peor y...

—Siempre sucede —me halé la corbata; me sentía claustrofóbico. El despertador marcaba las

6:35—. Llegaremos tarde al trabajo.

Nos turnábamos para conducir al trabajo pero a Kirk le revocaron la licencia por exceso de velocidad. Mi hermano puede ser grácil en una pista de baile pero su pie es de plomo. No solo pasó a toda velocidad por una zona escolar, sino que estuvo a punto de atropellar a un estudiante; un niño pequeño, hijo de un policía. Kirk tuvo mucha suerte de no terminar en la cárcel. También debería haberse alegrado de que yo no lo estrangulara porque, obviamente, él trató de decirle al juez que había sido yo, su hermano menor, quien pasó a toda velocidad frente a la Amish Friends School. Gracias a Dios el testimonio de la guardia escolar me hizo justicia.

—Él estaba agitando el brazo por el techo corredizo —dijo la guardia escolar asintiendo en dirección a Kirk—. Lo oí gritando a los niños para que se alejaran de su camino.

—Yo solo estaba tratando de salvarlos —Kirk me miró como si yo hubiera sido quien estaba dispuesto a atropellar a un grupo de niños de primaria.

—¿Entonces por qué les dijo pequeños bastardos y que iba a arrasar con ellos? —replicó la guardia escolar.

A Kirk nunca le han gustado los niños. Supongo que esto se debe a las altas dosis de crueldad que nos infligieron otros cuando nosotros también lo éramos. Y, hay que decirlo, ahora que somos adultos también nos encontramos con muchos chicos rudos. Ellos gritan horrorizados. Se alejan corriendo de nosotros. El más malo de ellos se acerca y me señala, como si yo fuera un disfraz de Halloween. Algunos nos patean. Otros nos dan golpes. Unos cuantos nos han mordido como si fueran perros y me han clavado sus colmillos en el brazo. Debe de ser un impulso básico que los lleva a pensar que Kirk padece algún tipo de tumor que habría que extirparle. O tal vez sus padres son igual de rudos; bebedores y cretinos con sandalias que no se han molestado en educar a sus hijos con buenos modales.

Si Kirk odiaba a los niños, yo odiaba a sus padres. Eran unos idiotas que habían criado a sus hijos para que se comportaran como se les antojara y no como deberían. Para estos monstruos no existía algo semejante a una «voz interior». No tenían modales, lealtad, ni sentido del ser; simplemente eran piezas en el engranaje de la sociedad. Eran idiotas malcriados que compraban casas de un millón de dólares aunque ganaran treinta mil al año. Eran aquellos que sacaban Porsches en *leasing* cuando realmente deberían conducir Camrys. Eran garrapatas que chupaban la grasa del sueño americano. Y sus hijos eran peores porque al menos los padres sabían lo que estaban haciendo. Los niños no se convertirían en nada más que en simples parásitos.

Igual que yo.

—Wayne —Kirk había estado jugueteando con la radio. Me estaba mirando; realmente me estaba observando. Sentí deseos de darle una bofetada por la expresión de su cara.

—Por favor, límitate a mantener tu pie alejado del acelerador. No podemos darnos el lujo de que yo también pierda mi licencia.

Él me miró un instante más y luego volvió a ocuparse de la radio.

Se suponía que no debíamos leer nuestros historiales médicos pero, a los diecisiete años, Kirk había examinado nuestros resultados mientras esperábamos que los médicos vinieran para pincharnos, punzarnos, escanearnos, imantarnos, irradiarnos y todos los demás horrores que ha inventado la ciencia médica para los gemelos siameses.

—Eres un parásito —me dijo él, pero yo ya estaba leyendo las palabras por encima de su hombro.

«Luego de varias pruebas exhaustivas, los doctores Shelby y Lovett han concluido que subsecuente con su falta de un corazón completo y de funciones intestinales, y combinado con la incapacidad obvia del gemelo número dos para sobrevivir sin su gemelo número uno, la designación del “gemelo parasítico”, debería ser usada para describir a Wayne Edgerton».

Era 1990. No había computadores donde pudiéramos encontrar alguna información terrible sobre nosotros en Internet, en la privacidad de nuestra propia casa. Por eso fuimos a la biblioteca universitaria, donde buscamos en el fichero el número bibliográfico de un libro titulado *La disnomia psicológica de los gemelos parasíticos*, escrito por un autor con un nombre estúpido: Borneau F. Von Heffinger.

Nuestras manos temblaron cuando abrimos la primera página.

«Disnomia, del griego “desorden”».

—Suenas más a ti que a mí —había dicho Kirk; era el comentario más generoso salido de su boca antes o después.

«El gemelo parasítico» escribió el estimado doctor Von Heffinger, «también conocido como un gemelo desigualmente unido, es creado cuando los embriones gemelos en el útero no se separan por completo. Tal como suele suceder en la naturaleza, se presenta una dicotomía darwiniana; el uno debe luchar contra el otro para recibir apoyo hormonal y por el sustento limitado que hay en la matriz. Así pues, un embrión se vuelve dominante a expensas del otro».

—Eso suena realmente como yo —murmuró Kirk, lamiéndome el dedo para pasar la página.

«En una posición totalmente opuesta se encuentra el parásito, que no puede sobrevivir sin el anfitrión. El gemelo subdesarrollado depende por completo del gemelo dominante, llamado también autósito. Esta relación desigual suele crear un patrón de dependencia y hostilidad que se prolonga durante toda la vida».

Kirk había cerrado el libro en esa última frase. Su comprensión de lectura nunca fue buena pero vi que él entendía la esencia de los pasajes. Me preparé para el chiste esperado, el comentario cruel y casual que me desgarraría el alma como un cuchillo caliente atravesando un globo. Él tenía cierta expresión en la cara, un destello de entendimiento, una furia centelleante que ardía en sus ojos, pero luego se desvaneció.

Kirk dejó el libro en una mesa cercana. Miró mi reloj y dijo:

—¿Por qué no vamos a comer al nuevo restaurante mexicano?

A los diecisiete años no éramos precisamente ignorantes de nuestra condición. Habíamos crecido sabiendo que algo estaba seriamente errado. ¿Por qué si no la gente se detenía para mirarnos en la calle? ¿Por qué si no nuestra madre y nuestro padre nos abandonaron en las escalinatas del hospital universitario, dejando una nota que decía: «Estudien por favor estos monstruos para que otros padres nunca vivan esta pesadilla que casi nos destroza»?

Altruista, podría decir alguien. Abandono infantil, podrían sostener otros. Y otros más podrían quedar impactados por la mala sintaxis.

Pero nuestros padres nos abandonaron para que fuéramos estudiados por la medicina y eso fue lo que los médicos hicieron. Estábamos bajo el cuidado estatal. Nadie iba a objetar a los médicos que sumergieran la mano de Kirk en agua hirviendo para ver si yo sentía dolor. Nadie les dijo que estaba mal que me conectaran cables en el cerebro mientras Kirk resolvía ecuaciones matemáticas

para que ellos pudieran determinar si mis pensamientos le ayudaban en el proceso. Nadie intercedió por nosotros para decir que no éramos conejillos de indias ni monstruos. Éramos seres humanos.

Mientras comíamos tacos decidimos no regresar nunca al hospital. Faltaba menos de un mes para que yo cumpliera dieciocho años. Seríamos oficialmente adultos y ya no estaríamos bajo las garras del cuidado estatal. Teníamos dinero en el banco gracias a las notas periodísticas que se habían publicado a lo largo de los años. Personas que no nos conocían nos habían enviado cheques y dinero en efectivo creyendo evitar así la posibilidad de tener gemelos siameses. Más de cien mil dólares. Eso era mucho dinero en 1990. También es mucho dinero ahora, pero lo que significaba para nosotros en aquel entonces era la libertad. Libertad de las pruebas médicas. Libertad del escrutinio. Libertad de la tiranía.

—Wayne —me dijo Kirk—. Ya llegamos.

Giré bruscamente en el estacionamiento y dejé la minivan en nuestro espacio habitual, a seis espacios del mercado con azul para los discapacitados. Nunca habíamos sido ese tipo de personas que se aprovechan de su condición. Mientras tuviéramos dos pies, podríamos recorrer la corta distancia hasta el edificio.

Miré hacia la puerta frontal mientras bajaba de la minivan: Centro de Investigaciones Dixie. No eran investigaciones precisamente sino un nombre capcioso para un centro de llamadas. ¿Esas llamadas que recibes en la noche cuando estás tratando de disfrutar de tu cena? Somos yo, Kirk, o alguno de nuestros compañeros de cubículo que tratan de venderte revestimientos para el techo, ventanas nuevas o una limpieza de alfombras a domicilio. Hablar por teléfono era algo que podíamos hacer de manera independiente y —no quiero jactarme— éramos endiabladamente buenos en eso. Kirk y yo habíamos recibido tantas veces la placa al «Mejor Operador del Mes» que nos dieron un premio de por vida. Llevábamos trabajando más de veinte años en Dixie. Ganábamos buen dinero. Pudimos comprar un buen auto. Una linda casa. Tener narcisos en el jardín e incluso un duraznero.

Todo esto desaparecería cuando la policía descubriera lo de Mindy Connor.

—Tienes que olvidarte de eso —dijo Kirk, sosteniendo su maletín mientras cruzábamos el estacionamiento—. Compórtate con naturalidad.

—En Georgia existe la pena de muerte, Kirk.

—¿Qué harán ellos? Clava la aguja en uno y el otro recibe el veneno.

—No podré sobrevivir en la prisión. No la soportaría.

—Deja de quejarte —Kirk pateó un pedazo suelto de asfalto—. ¿No cuidamos siempre el uno del otro?

—Bueno... —comencé a decir, pero no terminé la frase.

¿Acaso Kirk siempre me había cuidado? Supongo que estarías de acuerdo si tuvieras solo en cuenta el caso del incendio de hace diecinueve años. Vivíamos en un apartamento que daba a la calle Peachtree. La anciana que vivía al lado se había quedado dormida con un cigarrillo en la boca. Kirk se despertó al sentir el humo. Mi sueño era siempre profundo y logré escapar al incendio solo porque él me sacó de la cama.

—Pero Kirk también logró escapar —podrías decir.

Tal vez debería darte un ejemplo más complejo que sucedió hace doce años. Anoche no fue la última vez que Kirk puso en riesgo nuestra libertad. Siempre ha sido un peleador. Supongo que

algunos podrían decir que es un resentido, pero también podrían decir que el resentido soy yo. Él siempre había creído que tenía que demostrar algo.

Joven, tonto y lleno de esperma, como diría Kirk.

Lo que sucedió fue que un estúpido no se apartó de nosotros en un bar. No dejaba de provocar a Kirk, tratándolo como si fuera un espécimen de laboratorio.

—Monstruo, monstruo, monstruo —repetía una y otra vez, como un pato graznando.

Ignoré a ese imbécil porque siempre he creído que es la mejor manera de lidiar con los matones. Pero Kirk no hizo lo mismo. Ese tipo era ciertamente irritante. La provocación condujo a amenazas. Las amenazas condujeron a empujones. Los empujones condujeron a empellones. Los empellones condujeron a golpes y, antes de que cualquiera de nosotros dos lo supiera, los puños iban y venían por el aire.

Los puños de Kirk.

Mis puños.

¿Quién podría precisarlos?

«Monstruo», nos había dicho el tipo. La misma palabra que habían utilizado nuestros padres. La misma palabra utilizada por los niños rudos y odiosos antes de correr y esconderse detrás de las faldas de sus mamás.

Kirk fue nuestro único defensor en la sala del tribunal. Le dijo a nuestro abogado que se sentara y, a todo aquel que quisiera escuchar, que habíamos venido juntos al mundo y que juntos nos defenderíamos. Yo no tenía valor para hacer algo semejante. Estaba llorando tanto en ese momento que escasamente podía articular una palabra. Kirk le había dicho al juez que no sabía quién había golpeado con tanta fuerza a ese tipo hasta arrancarle la oreja. No sabía quién le había roto la mandíbula o pisoteado la mano. Lo cierto es que uno de nosotros había sido atacado, lo cual significaba que ambos habíamos sido atacados.

Éramos hermanos. Estábamos unidos no solo por la sangre sino también por la piel, la carne y los huesos. Lastima a uno de nosotros y el otro sangrará. Golpea a uno de nosotros y el otro será golpeado.

Lo que terminó por persuadir al juez fue la declaración de Kirk en medio de lágrimas: el hombre del bar, la llamada víctima, nos había dicho monstruo. Ni siquiera monstruos, en plural, sino en singular. Como si no fuéramos dos personas separadas. Cada uno de nosotros tenía su número de seguridad social. Cada uno pagaba impuestos. Cada uno tuvo que pasar las pruebas para poder recibir su licencia de conducción individual. ¿No éramos hombres? ¿No éramos dos cerebros separados, dos pensamientos distintos?

Y Kirk se había jugado lo que los periódicos llamaron «la carta siamesa».

Si no hubiéramos estado unidos sino separados —dos hermanos, el uno cuidando del otro—, ¿estaríamos enfrentándonos a pasar de ocho a diez años en prisión? ¿Este juez podía castigar realmente a un hermano por salir en defensa del otro? ¿Podía enviar a uno de nosotros a la cárcel, condenando así al otro a pagar un precio tan alto por un crimen que no había cometido?

Por supuesto, el juez había estado confundido pero la inspirada elegía de Kirk a la hermandad fue lo que inclinó la balanza a nuestro favor y, de paso, me convenció a mí. Mi llanto se transformó en lágrimas de gratitud por las palabras amorosas que salieron de la boca de mi hermano.

Cinco años de libertad condicional más los costos médicos de la víctima.

Y, de ese modo, fuimos hombres libres. Eso era lo único que me importaba. La noche que pasamos en la cárcel después de ser arrestados bastó para asustarme. Y por defecto, Kirk también se asustó. Cada vez que él levantaba el puño o amenazaba a alguien, yo trataba de suavizar las cosas. De calmarlo. De atenuar la situación.

Hasta anoche.

Kirk abrió la puerta principal del Centro de Investigaciones Dixie. Wilhelmina Lenting, la recepcionista, estaba sentada detrás de su escritorio en forma de media luna. Se veía bien con su blusa azul y unos aretes que le combinaban.

Kirk nunca le había dirigido la palabra. Él sabía lo que yo sentía por ella; que la curva agraciada de su cuello podía inundar mi mente de mala poesía, que el tono dulce de su voz hacía estremecer mi costado de nuestra columna. Y sin embargo, en los diez años que Willie llevaba trabajando en Dixie, Kirk nunca había pasado de mirarla cuando cruzábamos la puerta. Su impaciencia por empezar a trabajar era siempre tan grande que yo escasamente tenía tiempo para saludarla antes de correr prácticamente a nuestro cubículo.

Hoy Kirk se detuvo. Permanecí allí, mirando como un tonto, sin saber qué hacer con mi mano. Arrastré mi pie.

—Willie, tu pelo se ve distinto —dijo Kirk.

Ella se tocó los bucles de color castaño. No eran brillantes. Ni siquiera eran naturales — seguramente le hacían la permanente en la sala de belleza cada quince días— pero la forma en que el cabello se apretaba contra su cráneo tenía algo hermoso. Yo no sabía por qué esto me atraía. Tal vez si yo controlara un pene, mi gusto por las mujeres sería más pedestre, a la manera de Kirk, pero Willie era el tipo de mujer con quien yo me veía sosteniendo una conversación. Una larga conversación. Y tal vez, si descubriamos que teníamos cosas en común y veíamos que había química entre nosotros, podríamos terminar saliendo juntos.

Yo no había salido con ninguna mujer. Era Kirk quien había logrado que la hija del portero de nuestra escuela lo acompañara al baile de graduación. Era Kirk quien había perdido su virginidad detrás de un autobús estacionado en el terreno de una carpa de reavivamiento evangelista que estaba a un lado de la Iglesia Bautista Bethel. Eran sus labios los que habían rozado otros. Era él quien conocía la sensación de sentir una carne tibia presionada contra otra parte que no fuera su muslo.

Era yo quien... había visto todo eso. Quien, si tenía suerte, sentía un hormigueo y una contracción mientras Kirk hurgaba como un jabalí salvaje al encontrar un túmulo de achicoria fresca.

Willie se acomodó los bucles.

—Bueno, bendito sea tu corazón. Mi cabello está igual que siempre —ella era mucho mayor que nosotros, más bien cercana a los setenta, y utilizaba frases así—. ¿Han tenido un buen fin de semana?

Kirk sonrió. Yo estaba seguro de que había guiñado el ojo.

—Así es, Willie. Fuimos a la Iglesia en la mañana y estuvimos despiertos anoche viendo una película.

—¿Cuál vieron?

—*Mujercitas* —dijo Kirk tan rápido como pudo—. Con Katharine Hepburn.

—Esa es la mejor versión —comentó ella y yo sentí que el corazón se inflamaba en mi pecho.

Yo sabía que a ella le gustaban las películas viejas, no solo porque hubiera asistido a su estreno.

Kirk debió sentir mi alegría, pero en lugar de sofocarla como solía hacerlo, le preguntó a ella:

—¿Por qué no almuerzas hoy con nosotros?

Ella apretó su mano contra su voluminoso pecho. Pechos: eso era algo con lo que yo creía poder arreglármelas. Un brazo, una cara, dos pechos. ¿Qué más necesitaba uno?

—Me encantaría —respondió Willie.

—Nos vemos entonces a la hora del almuerzo —le dijo Kirk. Creo que ella debió sorprenderme mirándole los pechos, estaba tan absorto que no recuerdo bien qué sucedió en los instantes previos. Kirk casi tuvo que arrastrarme por el pasillo.

—Cálmate —me dijo.

Yo a duras penas podía hablar. Me sentía como si estuviera levitando sobre el suelo.

—Ella no me había hablado nunca.

—Hoy es tu día de suerte, *Wayne-o*. Un nuevo día. Lo que haya sucedido anoche es cosa del pasado, ¿de acuerdo? Solo existe el almuerzo con Willie y tal vez invitarla de nuevo mañana; y quién sabe lo que vendrá después. Podrías estar tomado de la mano con ella el fin de semana.

¡Él tenía razón! La cabeza me zumbaba de placer. ¿Era esto lo que sentías al tener una mujer en tu vida? ¿Era esto lo que sentías cuando ibas a almorzar con alguien que tenía pechos?

—Realmente hablamos, Kirk. Tuvimos una conversación con ella. ¡Vamos a almorzar con ella!

—Lo vamos a hacer. Realmente le gustas, Wayne. ¿Viste cómo te miraba?

—Me estaba mirando, ¿verdad?

—Eres una fiera. No sabía que lo fueras —Kirk me dio una palmadita en mi medio hombro. No puedo mentir sobre esta parte. Recorrí esos cubículos alineados en el centro de operaciones con la cabeza en alto. Nunca antes me había sentido tan orgulloso de mí, como si hubiera cometido un error afortunado. Yo era el Rey de Dixie.

Nos sentamos en nuestro escritorio. Kirk abrió su maletín y sacó sus audífonos y su bolígrafo. Yo abrí mi cajón y saqué mis audífonos y mi bolígrafo. No fue sino hasta mediados de mi primera llamada que comprendí que era Kirk quien le había hablado a Willie, y no yo.

—¿Qué pasa? —me preguntó, girando su cabeza hacia mí. Tenía la mano en el micrófono de sus audífonos.

Yo también cubrí mi micrófono.

—Fuiste *tú* quien habló con ella.

—Hablará contigo en el almuerzo. Puedes incluso mirarle las tetas.

—Ella hablará *contigo*. Las mujeres siempre hablan contigo.

—Deja de enfurruñarte como un bebé. Tú le gustas. Acéptalo. Aprovecha la oportunidad. Piensa en el futuro.

Escuché que alguien gritaba por mi audífono. Una mujer me gritaba por haber despertado a su pequeño hijo de su siesta matinal. Desconecté el enchufe de la consola del teléfono. En un instante, me vi desconectando anoche el enchufe del sistema de entretenimiento de la minivan. Marmee se estaba lamentando por la fiebre escarlata de Beth y luego Wayne le estaba gritando a Mindy por haberme tocado.

¿Me *había* tocado ella? Tal vez fue por accidente. Tal vez su mano se deslizó por mi pecho sin que ella lo advirtiera. Las personas que no están unidas probablemente hacen eso todo el tiempo. Un cuerpo es mucha cosa para encargarte de él por tu propia cuenta. Dos brazos. Dos piernas. Un

cerebro. Tal vez su mano rozó mi tetilla accidentalmente. Seamos claros: nadie esperaría encontrar una tetilla allí.

Pero ella me había mirado mientras hacía aquello. Me había mirado a los ojos y luego... y luego Kirk la mató. La golpeó con el puño. Él había gritado tan duro que nuestro estómago se contrajo y nuestro corazón se estremeció.

—Hablaste con Willie para que yo no llame a la policía.

—Te respondí. Eso es lo único que importa.

—Apenas notó mi presencia.

Kirk empezó a menear la cabeza.

—No nos vamos a entregar. Ya has estado en la cárcel, Wayne. ¿Quieres regresar allá?

—Era un calabozo de policía, no una prisión estatal.

—¿Y la pasaste bien? —Él notó mi expresión y soltó una carcajada—. Diablos, Wayne. Si piensas que esa es la única manera como vas a acostarte...

—Mindy Connor tiene una familia. Dijo que tenía un hermano. Seguramente también tiene una madre y un padre. Probablemente se estarán preguntando dónde está ahora.

—Probablemente piensan que se la está chupando a varios tipos para comprar droga.

—No hables así de ella. Era un ser humano.

Kirk guardó silencio. Yo escuchaba el murmullo de los operadores a nuestro alrededor; encerrados en sus cubículos, eran personas solitarias que llamaban a madres jóvenes durante la siesta y les preguntaban si estaban satisfechas con la compañía aseguradora de sus autos.

El suave rumor de Kirk vibró en nuestro pecho.

—Nos llamó monstruos.

—*Te* dijo monstruo.

Él guardó silencio de nuevo. El rumor continuó, la imagen de Mindy Connor y de su familia acudió a mi mente. Era Navidad. Todos llevaban suéteres rojos y verdes con renos bordados adelante. Los había bordado su abuela. Ella estaba en casa de sus padres pero ellos iban a visitarla después de rezar y de partir el pavo.

Kirk se aclaró la garganta.

—Pon atención Wayne. Fue un error. Tenemos que dejar eso en el pasado.

—Tiene una familia. Una familia con suéteres...

—Parecen unos retardados con esos suéteres. Las mangas son demasiado largas y el escote del cuello es un desastre.

Él tenía razón en eso.

—Era una drogadicta. Tú le viste los brazos —me lanzó una mirada elocuente—. Los viste cuando te estaba acariciando la espalda —me mordí el labio mientras organizaba el dispensador de sujetapapeles—. Deberías alegrarte de que no te obligue a que paguemos por partes iguales. Veinticinco dólares —agregó.

—Cállate —le dije—. En realidad serían veintidós con cincuenta.

—Sentiste algo, ¿verdad? Vi que lo estabas sintiendo.

—No.

—Fui al club contigo.

—Se suponía que deberías haberme dejado solo. Es el único tiempo que tengo para estar solo —sabía que se estaba enojando de nuevo. Tenía los puños apretados. Su voz se hizo tensa—.

¿Cuántas veces, Wayne? ¿Cuántas veces he estado con una mujer y ella ha estado en secreto contigo?

—Creo que no entiendes.

—¿En serio? —preguntó él—. ¿Realmente me estás diciendo eso? ¿Tantas mujeres y nunca sentiste nada?

—Este no es el momento para discutir...

—Porque yo sentí algo hace un instante, Wayne. Lo sentí cuando estabas mirando a Willie.

Mi cabeza se estremeció.

Sus labios se torcieron en una mueca desagradable.

—¿Crees que no sé lo que sientes cuando le miras las tetas a Willie?

—Preferiría que no dijeras esas vulgaridades...

—Aquella vez que estornudó y todo su esqueleto se sacudió creí que tu pelota iba a lanzar el suficiente semen como para...

—Ya basta —susurré—. Ya basta, por favor. Estoy cansado de esto, de encubrir tus errores. Estoy harto de la forma como tratas a la gente. Estoy harto de la forma como *me* tratas.

—¿Tú? —Kirk parecía conmocionado—. ¿Qué diablos significa eso, Wayne? Te trato mejor de lo que me trato a mí mismo. Diablos, la mitad de lo que entra en mí lo comparto contigo.

—Sí, y todo aquello de lo que te deshaces sale de mí.

—Ah, ¿vamos a sostener de nuevo esa conversación? ¿Vas a quejarte porque el culo te tocó a ti? —Agitó la mano en señal de disgusto—. ¿Sabes lo que se siente cuando tienes que mear y *alguien* no se quiere levantar para no perderse los dos últimos minutos de *Bailando con las estrellas*?

—No soy más que un bulto para ti. Eso es lo único que soy. Un bulto. Un apéndice. Un...

Él me miró.

—¿Parásito?

Sacudí mi cabeza y miré mi escritorio. El secante estaba a un lado de la pared posterior del cubículo. Mi bolígrafo y mi libreta estaban a la misma distancia del borde. Me gustaba mantener las cosas limpias y ordenadas, a diferencia de Kirk, quien ya había pegado un chicle en una orden de trabajo arrugada. Me estremecí al pensar cómo sería nuestra celda.

—No iré a la cárcel —susurró Kirk—. Lo juro por Dios. Primero me tomaré un frasco de pastillas.

—Fantástico. ¿Entonces no iré al cielo porque te suicidaste?

Él puso los ojos en blanco.

—No sé por qué crees en un Dios que le ha dado un solo culo a dos hombres hechos y derechos.

—No te atrevas a blasfemar ahora. Te lo estoy advirtiendo, Kirk. No tengo mucha paciencia hoy.

Respiró profundo y exhaló.

Intenté ser razonable.

—Mira, estamos juntos en este problema. Mientras los dos nos apoyemos...

—¿Acaso tengo otra alternativa? —replicó él—. Toda mi vida he estado unido a ti, independientemente de que lo haya querido o no.

Ahí estaba la verdad tácita. O tal vez era una alusión a la verdad agresivamente pasiva. Kirk

quería vivir sin mí. Kirk *podía* vivir sin mí.

Le dije que sabía en qué estaba pensando él.

—Deberías haberme matado si pensabas matar a alguien. ¿No habrías solucionado así todos tus problemas?

Su voz adquirió un tono grave.

—Necesitamos ponernos de acuerdo en nuestra versión ahora mismo.

—Tengo trabajo que hacer —intenté conectar de nuevo el enchufe en el teléfono, pero él me agarró la mano—. ¿Qué te pasa?

Él estaba mirando por encima de mi hombro.

—La policía está aquí.

—No estoy para bromas.

Sentí una mano firme en el hombro. No era la de Wayne. Vi unos nudillos velludos y redondos y dejé que mis ojos encontraran la manga azul oscura del hombre que estaba detrás de mí.

—¿Señor Edgerton?

Sentí que mi garganta se activó.

—¿Sí? —dijimos Kirk y yo al mismo tiempo.

El hombre parecía confundido. Se rascó su mandíbula cuadrada. Tenía una barba incipiente, aunque seguramente se había rasurado por la mañana. Sus hombros eran anchos pero solo sostenían una sola cabeza.

—Soy el detective Peter Jensen del Departamento de policía de Atlanta. Necesito hablar con ustedes sobre un caso.

—¿De la policía? —jadeó Kirk—. ¿Qué quiere la policía con mi hermano?

Le lancé una mirada a Kirk para que se callara.

—¿Con quién de los dos necesita hablar?

El detective miró a Kirk, luego a mí, y de nuevo a Kirk.

—¿De qué se trata? ¿Vino a hablar conmigo o con mi hermano?

Era evidente que el detective no estaba de humor para ser interrogado.

—¿Podría ponerse de pie, señor Edgerton?

—¿Cuál de los dos? —preguntamos a dúo. Sentí una gota de sudor deslizándose por mi espalda. Y luego otra por la de Kirk.

De repente, Jensen introdujo su mano en mi axila y nos levantó de la silla. Nos dio una vuelta y tuvimos que apoyarnos para no golpear nuestras caras contra el cubículo.

—Dios mío —oré mientras sentía que me retorcían el brazo en la espalda. Escuché el tintineo metálico de las esposas.

—¡Vete al infierno, cerdo! —La mano de Kirk se alzó en el aire con su movimiento estilo John Travolta. Jensen trató de agarrarlo de la muñeca pero Kirk era más alto que él—. ¡Quiero un abogado!

—¿Quieres que también le agregue resistencia al arresto a tus cargos? —Jensen presionó la cara de Kirk contra la pared—. Dame una razón, imbécil. Solo dame una razón.

—Oficial —dije—. No me estoy resistiendo...

Jensen me dio una patada detrás de la rodilla y me desplomé sobre el suelo. Kirk cayó encima de mí.

—No —gritó—. ¡No es justo!

—Tampoco es justo lo que le hicieron a esa mujer —Jensen hundió su rodilla en mi espalda mientras pasaba la esposa por la muñeca de Kirk—. La mataste a golpes como a un perro callejero —murmuró—. ¿Qué clase de animal eres?

—¡No fui yo! —gritó Kirk—. ¡Fue mi hermano!

CAPÍTULO TRES

Chang y Ang Bunker son quizá los gemelos unidos más famosos de la historia. Llamados «gemelos siameses» porque eran oriundos de Siam, trabajaron casi todas sus vidas en un circo itinerante. Tras ganar una fortuna como «atracción de feria», se retiraron a Tennessee, donde cultivaban la tierra de día y se ocupaban de sus esposas y familias en la noche.

Sí, ellos tuvieron esposas y familias. Chang tuvo diez hijos con su esposa. Ang y su esposa tuvieron once. Debido a que ellas —que, por cierto, eran hermanas— no se llevaban bien, los dos hermanos tenían dos casas separadas. Pasaban tres noches en la cama matrimonial de Chang y las tres noches siguientes en la de Ang. Eran unos caballeros, ciudadanos respetados. Sus hijos combatieron en el ejército confederado que, aunque no era precisamente respetable, tenía un cierto matiz de honor.

Los gemelos murieron el mismo día. Chang sucumbió a una neumonía durante una larga noche de enero. Al día siguiente, Ang se despertó y vio a su hermano muerto. Su esposa y sus hijos escucharon los gritos de dolor y fueron a consolarlo. Llamaron a un médico. La idea era separarlos pero Ang se negó; no estaba dispuesto a ser separado de su hermano.

Murió pocas horas después.

Actualmente la cirugía para separarlos podría hacerse en unas pocas horas. Los médicos decían que eran gemelos xifópagos, unidos a la altura del esternón por un pequeño pedazo de cartílago, y que compartían un hígado dividido en dos mitades que funcionaban de manera independiente. El hígado es un órgano notable, lo más cercano a una salamandra que posee el cuerpo humano. Si se le corta en pedazos estos crecerán de nuevo para formar uno solo.

Las adorables chicas Hensel son gemelas craneópagas; es decir, están unidas en la cabeza pero, por lo demás, tienen dos cuerpos separados y desarrollados.

Los hermanos Gaylon, más apartados de la sociedad, son gemelos onfalosquiópagos, con cuatro brazos, cuatro piernas y abdómenes fusionados. Viven en el calor de su amorosa familia de nueve hermanos y hermanas.

Kirk y yo somos gemelos toraco-onfalópagos. Estamos unidos desde la parte superior hasta la inferior del pecho. Compartimos un corazón. Un hígado. Parte del sistema digestivo. También somos, hasta donde yo sé, los únicos gemelos siameses en la historia penal americana.

Asalto agravado. Violación. Asesinato. Era difícil negar cualquiera de estos cargos cuando mostraban las fotos de la escena del crimen. Pobre Mindy Connor. El *flash* del fotógrafo de la policía fue más fuerte aún que las luces de xenón del estacionamiento del Pink Pony. No era una chica bonita. Tampoco era una chica. Tenía cuarenta y tres años. Había perdido la custodia de sus hijos cinco años atrás porque prefería la jeringa a las exigencias de la maternidad. Su padre dijo que ella estaba tratando de dejar las drogas poco antes de morir. Había comenzado a tejer para mantener sus manos ocupadas. Tal vez fue Mindy, y no su abuela, la que tejió aquellas mangas demasiado holgadas en los suéteres de Navidad adornados con los renos de mi ensoñación.

Kirk pensaba arrojar el cuerpo de Mindy al contenedor de la basura que había detrás del Pink Pony. Pensándolo ahora, esa habría sido una opción más sabia que mi plan de dejarla en el pavimento, a un lado del Blue Ridge Parkway. ¿Qué puedo decir? Yo era mucho más sentimental en aquel entonces. El aire fresco de las montañas. Pinos imponentes. Venados. Conejos. Camioneros que mirarían por la ventana de sus cabinas, verían un cadáver en la carretera e inmediatamente llamarían a los patrulleros estatales.

Kirk y yo tuvimos abogados diferentes durante nuestros juicios, casos separados de defensa durante los cuales nos culpamos mutuamente del asesinato. ¿Era Kirk el único responsable por lo que le había sucedido a la pobre Mindy Connor? Para ser honesto, realmente no puedo decirlo. Las pruebas forenses eran contundentes. Mis manos *habían* dejado huellas sangrientas en su espalda. ¿Sería tal vez porque yo había ayudado a cargar su cuerpo? ¿O porque había impedido que escapara mientras el puño de Kirk aporreaba su cara con la furia de un molino de viento? La violación no fue realmente una violación sino una transacción que tuvo lugar cuando consumamos los hechos. Este es difícilmente un tipo de defensa que puedes argüir cuando la madre y el padre de la difunta están sentados en la primera fila detrás del fiscal. Ni Kirk ni yo nos molestamos en intentarlo; él, porque terminaría en una situación peor, y yo, porque mi espermatozoide no es diferente al de Kirk en términos genéticos.

Ninguno de los dos alegó inocencia sino el grado de complicidad. Al final, Kirk tuvo la razón. El Estado no podía sentenciar a uno de los dos a pena de muerte sin hacer lo mismo con el otro.

Habían pasado seis meses desde la sentencia de Kirk, y seis meses y medio desde la mía. No nos habíamos dirigido la palabra desde que el detective Peter Jensen nos subió a la patrulla.

—¡Dile que ella nos atacó! —me susurró Kirk mientras Jensen se dirigía hacia la puerta del conductor—. ¡Dile que nos estábamos defendiendo!

—Cállate —le dije—. Eres un monstruo.

Eso fue todo. Kirk no me volvió a hablar después de eso. No me miraba. No me ayudaba a amarrarme mi zapato ni a acomodarme el cinturón. No es que nuestra ausencia de comunicación vocal tuviera importancia. Yo conocía las excusas de Kirk antes de que salieran de su boca.

No fue como nuestro incidente anterior con la ley, donde él pudo jugarse la carta siamesa y salirse con la suya. Atacar a un cliente de un bar que ostenta un diente de oro y un diamante en la oreja no es lo mismo que asesinar brutalmente a una mujer y dejarla a un lado de la carretera.

Que fue precisamente lo que hicimos nosotros. Teníamos que reconocerlo. Habíamos cometido un acto violento contra otro ser humano. Contra una mujer. Una hermana. Una hija. Una niña.

—Hemos pecado contra esta mujer —dije en la clase de estudios bíblicos en la cárcel—. Nuestra única opción es arrepentirnos y esperar que Dios nos perdone.

Kirk roncó a mi lado pero, a excepción de eso, mantuvo su boca cerrada.

—Era una prostituta —dije en la clase—. Era una mujer caída en desgracia debido al flagelo de las drogas. Su adicción la dejó sin otra alternativa. Nosotros... —Y entonces miré a Kirk— teníamos una alternativa. Pudimos haber hecho lo correcto pero optamos por no hacerlo.

—Amén —murmuraron algunos. Otros se limitaron a mirarnos abiertamente. Siempre nos miraban. Incluso seis meses después no podían dejar de mirarnos.

Yo siempre ayudaba a amontonar las sillas después de las clases. Era una tarea difícil para una mano pero Kirk se negaba obstinadamente a ayudarme en algo, aunque fuera lo más conveniente. Pero no solo había dejado de hacer eso. No hablemos del hilo dental, había dejado de cepillarse los dientes. Se había dejado crecer la barba. Sus cejas estaban peligrosamente cerca de unirse en el medio. Intenté rasurárselas el otro día pero me gruñó. Parecía que estuviéramos audicionando para la representación inaugural de *Jekyll y Hyde* en el sistema penitenciario de Georgia.

Yo caminaba rezumando bienestar después de las clases de estudios bíblicos. Obviamente, Kirk sofocaba mi paso con su caminar deplorable y arrastrado. Malvivíamos como el rey Lear cuando me detuve y giré mi cabeza hacia él.

—Kirk, pasaremos aquí el resto de nuestras vidas. Tenemos que hacer de esto la mejor experiencia posible.

—Jódete —se rascó la barba y lo oí murmurar—: aunque no es que tengas el equipamiento para hacerlo.

Rechiné los dientes mientras caminaba hacia nuestra celda.

—Nos merecemos esto. Matamos a esa chica.

—Su cadáver tenía tus huellas sangrientas.

—Tu esperma estaba dentro de ella.

—¡Pagué por eso!

Sus palabras retumbaron en todo el bloque de la prisión. Los otros presos nos miraron con curiosidad.

Bajé la voz.

—Ella era inocente.

—Ya escuché lo suficiente de tu perorata cristiana por el día de hoy —interrumpió nuestra marcha—. Realmente ha sido suficiente por el resto de mi vida.

—Bueno, no sé qué vas a hacer al respecto.

Pequeño Grande, un preso, pasó a nuestro lado. No sé por qué le decían así. Suponía que era algo irónico. Medía cinco pies con cinco pulgadas de estatura y era un costal de huesos. Sin embargo, miró con rabia a Kirk.

Kirk hizo lo mismo.

—¿Tienes algo que decirme?

Pequeño Grande levantó la mano y siguió caminando.

—Esto es ridículo —empecé a caminar pero Kirk me detuvo.

—También la golpeaste, Wayne. Estabas tan furioso como yo.

—Estabas celoso —repliqué—. Y por nada. Realmente por nada.

—Sé que te tocó.

Negué con la cabeza y empecé a caminar de nuevo.

Él me detuvo.

—Dime la verdad. Te tocó.

—¿Qué importa eso?

Él agitó su mano en el aire.

—¡Claro que importa!

Era así como él quería que fueran las cosas. Rechiné los dientes, me preparé para decirle por fin lo que nunca le había dicho.

—Siempre has estado terriblemente celoso de mí —comprendí que mis palabras eran ciertas mientras salían de mi boca—. Haces tanto alarde de ser el dominante, de tener todo el equipamiento que importa, de hacer las movidas adecuadas, pero ahora lo veo, Kirk. Ahora lo veo todo con mucha claridad.

—¿Qué es lo que ves?

—Que me necesitas más de lo que yo te necesito a ti.

—No me vengas con sandeces —murmuró—. Parásito monstruoso. Eso es lo que siempre serás.

—¿Acaso crees que estarías dirigiendo la IBM? Por favor, estarías en el mismo lugar en el que estamos ahora, salvo que estarías solo.

—Ya cállate.

—¿Quién te ayudó con las pruebas del SAT? —le pregunté—. ¿Quién se aseguró de que aprobaras español para que pudieras graduarte?

—Sé español.

—¿Cómo se llama usted?

Él parecía estar nervioso.

—Te dije que te callaras.

—¿Quién consiguió el trabajo en Dixie?

—Yo era un exitoso vendedor en...

—¡Sí, claro, después de mí! —grité—. Ni siquiera habrías sido capaz de conducir hasta allá si no fuera por mí. ¡Habrías estado en un autobús! Habrías estado...

—Libre —gritó él—. ¡Habría estado libre, maldita sea! —Expulsó saliva por la boca—. Debería haberte dejado morir en ese incendio.

Sentí un impacto tal que mi boca se abrió.

—Podía haberte dejado morir, Wayne. Inhalación de humo. Estabas casi azul cuando te desperté. Ang vivió tres horas después de la muerte de Chang. Los médicos podrían haberte separado de mí como si se tratara de una verruga. *Yo* tengo el corazón. *Yo* tengo los intestinos. No eres más que una bolsa de colostomía con una mala actitud.

Mis labios se movieron sin musitar palabra. No sabía qué decir.

—Eso fue lo que pensé —Kirk me llevó por el corredor. Lo seguí, arrastrando mi pie, mientras sus palabras retumbaban en mis oídos. Subimos las escaleras y llegamos a las duchas vacías. Por fin recuperé la voz.

—¡Eres un mojigato y un pedazo de mierda!

Él se dio vuelta con tanta rapidez que me golpeé contra la pared. Mi cabeza rebotó contra el ladrillo de concreto. Perdí la paciencia y le di un puñetazo en la nariz. Sentí como si mi cara explotara. Ambos retrocedimos, tratando de mantener el equilibrio. Sentí el sabor de la sangre pero era la nariz de Kirk la que estaba sangrando.

—¡Yo no la maté! ¡Fue mi hermano! —grité las famosas palabras de Kirk cuando el detective Jensen logró derribarlo—. ¿Recuerdas eso, Kirk? ¿Recuerdas cuando le dijiste a ese policía que fui yo quien la había matado?

—¡Era una estrategia!

—Estrategia por la cual fui condenado.

Él estiró el brazo y señaló el corredor de las celdas.

—Eso funcionó bien, ¿verdad?

—¿No podías jugar de nuevo la carta siamesa?

—Debería patearte el...

—¡Hazlo! —grité—. Todos estos años has pretendido haberme salvado pero solo lo hacías por ti, Kirk. Solo estabas salvando tu pellejo. Siempre has hecho eso porque eres un arrogante, un egocéntrico, un inútil... —Busqué la siguiente palabra pero no pude encontrarla. Y entonces lo hice—: ¡Un parásito! *Tú eres* el parásito. *Tú eres* el que me ha estado sorbiendo todos estos años. ¿Crees que estarías casado y con hijos ahora? ¡Necesitarías tener dos trabajos para pagar la manutención de tus hijos y tendrías que ir a reuniones para controlar la ira por órdenes de un juzgado! ¡Eso si tuvieras suerte!

—¡Hey! —Pequeño Grande había regresado—. ¿Qué sucede?

—Cállate, Pequeño. Esto es entre yo y mi... —gruñó Kirk.

Pequeño Grande le dio un puñetazo en la cara. Mis ojos se pusieron en blanco. Mi rodilla se dobló. Me invadió una oleada de náusea.

—Aquí —dijo Pequeño Grande. Ví que no estaba solo. Había otros dos tipos. Eran realmente grandes y nos miraban con rabia. Nos arrastraron a las duchas. Intenté resistirme pero me ardía la cabeza. Kirk estaba fuera de combate. Ninguno de los dos podía permanecer en pie.

Pequeño Grande abofeteó a Kirk.

—¡Hey! ¿Estás ahí?

El miedo se apoderó de mí. Algo más amargo y correoso apareció en mi boca. Tenía el mismo sabor que había sentido aquella noche cuando empezó a sonar la música de ABBA.

—¿Me oyes, monstrillo? —Pequeño Grande me estaba mirando. Me esforcé para mantener los ojos abiertos. Bajé la cabeza en lugar de asentir—. Oye —Pequeño Grande se inclinó para mirarme—. No te duermas.

Volvió a ocuparse de Kirk. Lo abofeteó de nuevo con fuerza. Kirk no se despertó y uno de los hombres abrió la llave del agua. Pequeño Grande hizo un cuenco con sus manos bajo la llave y le arrojó un chorro en la cara.

—¡Qué...! —Kirk despertó. Inmediatamente supo qué estaba ocurriendo. Estábamos en las duchas. Tres tipos. Pequeño Grande estaba frente a nosotros.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó Pequeño Grande. Se bajó la parte superior de sus pantalones y comprendí de inmediato que su apodo no era tan irónico como había pensado inicialmente.

—¿Saben quién soy yo, asesinos bastardos?

Kirk y yo nos miramos. ¿Se trataba de una pregunta capciosa?

—Me llamo Mark Connor —dijo—. Mindy era mi hermana.

—Mierda —susurramos ambos.

—Esta será mi venganza —dijo Pequeño Grande. Les hizo señas a sus hombres para que nos

sujetaran. Sus manos actuaron como tenazas en mi cuello y hombro. Sentí que se me revolvía el estómago, que me faltaba el aire y mi visión se oscurecía.

Kirk miró a Pequeño Grande por encima del hombro y luego a mí. Mi hermano no parecía asustado. Sus ojos estaban llenos de odio y de desafío. Sentí una punzada de emoción en el corazón. Estábamos juntos en esto. Pelearíamos contra ellos con nuestras propias manos. Bueno, seguramente perderíamos y seríamos ultrajados de formas indescriptibles pero éramos hermanos de nuevo. Carne y sangre. Piel y huesos. Corazón a corazón.

«No hay un amigo más fiel que un hermano».

Kirk me sonrió. Yo le devolví la sonrisa.

—¿Estás preparado? —le preguntó Pequeño Grande.

—Claro que sí —le respondió Kirk—. Haz lo que quieras con el culo.



KARIN SLAUGHTER. Nació el 6 de enero de 1971 en Georgia. Es una escritora estadounidense de varias series superventas de novelas de suspense y de misterio ambientadas todas ellas en el Sur de los Estados Unidos.

Se graduó en la Morrow High School y estudió en la Georgia State University. Tras sus estudios trabajó como diseñadora y vendedora. Publicó por primera vez una novela en el año 2001 *Ceguera (Blindsighted)* que rápidamente se convirtió en un éxito a nivel internacional al ser traducida a casi treinta idiomas y que además fue premiada con el Dagger Award a la mejor novela negra de debut, un prestigioso galardón concedido por la Crime Writers Association británica.

Varias de sus novelas han llegado al número uno en las listas de superventas de Estados Unidos, Reino Unido, Australia y Alemania con más de diecisiete millones de copias vendidas. Su producción literaria se divide básicamente en las series «Atlanta» (*The Will Trent Series*), protagonizada por el agente especial Will Trent, y «Grant County» (*The Grant County Series*) la más popular, con la forense Sara Linton, el jefe de policía Jeffrey Tolliver y la detective Lena Adams como personajes principales. Slaughter también participó en 2004 en una antología de relatos breves de misterio junto con otros destacados autores del género negro.

Formando parte de la colección *The Grant County Series* además de *Ceguera (Blindsighted)* (2001) ha publicado *Kisscut* (2002), *Temor frío (A Faint Cold Fear)* (2003), *Herida (Indelible)* (2004), *Perseguidas (Faithless)* (2005) y *Beyond Reach* (2007).

Los títulos de la colección *The Will Trent Series* son: *Triptych* (2006), *Fractured* (2008), *Intuición (Snatched)* (2012) y *Busted* (2012).

Con posterioridad se han combinado los personajes de ambas colecciones en una nueva denominada «Georgia» formada por *El número de la traición (Undone)* (2009), *Palabras rotas (Broken)* (2010), *Pecado original (Fallen)* (2011), *Criminal* (2012) y *Unseen* (2013).

Otros libros que ha escrito son *Like A Charm* (2004), *Martin Misunderstood* (2008) o *Una espina en mi costado (Thorn in My Side)* (2011).